

por completo respecto del antiguo duque de Sajonia; pero perseverando en su firme resolución de oponerse á los planes de Lotario por cuantos medios estuvieran á su alcance, se dispuso entonces á presentarse como enemiga de la sucesión de los Welfos, y para combatirla fijó su atención en los Staufen y promovió una nueva guerra civil de sucesión.

Bajo amenazadores augurios avistáronse en Forsa Inocencio II y Lotario, aquel para dirigirse á Roma, donde seguía oponiéndole resistencia el antipapa, y el emperador para regresar á Alemania, pues se sentía muy enfermo y el presentimiento de una muerte próxima le impulsaba á volver á su patria. Su estado no podía mejorar ante la idea de que con su muerte todo cuanto había conquistado en Italia se perdería y caería en ruinas el restaurado esplendor del imperio en la Baja Italia. En noviembre de 1137 pasó precipitadamente el Brenner: gravemente enfermo llegó al valle del Lech, donde tuvo que guardar cama, y la muerte le sorprendió en Breitenwang, aldea de las montañas bávaras. Al entregar, moribundo, las insignias imperiales á su yerno, indicó formalmente á este para sucederle. Al propio tiempo, con la cesión del ducado de Sajonia había aumentado de tal manera el poder de los Welfos, que podía desecharse toda idea de rivalidad, pues la monarquía welfa podía adquirir una posición dominante. Lotario falleció en 4 de diciembre de 1137 en una cabaña de labradores: su cadáver fué conducido á su patria sajona, pues había elegido su tumba en el convento de Lutter, por él fundado, y en el cual fué enterrado con todos los honores debidos á un emperador en los últimos días del año 1137.

Una lámina de plomo que con él fué enterrada, y que se ha conservado en gran parte, contiene algunos breves datos acerca de su reinado y de su muerte, y le ensalza como «fiel en Cristo, sincero, constante, amante de la paz é intrépido guerrero.» Cuando en 1820 se abrió el sepulcro, encontráse á la derecha del cadáver una espada, y á la izquierda un globo imperial de plomo con una cruz de hierro, un plato de plata, un cáliz de plata, y restos de las espuelas y de la túnica carmesí del emperador. Estas reliquias se conservan, en parte, en el museo de Brunswick.

CAPITULO II

DESTRUCCION DE LA JERARQUÍA Y RESTAURACION DE LA MONARQUÍA NACIONAL ALEMANA

(1138-1156)

Lotario de Sajonia, que comenzó á reinar como rey eclesiástico, terminó su gobierno como célebre representante de la soberanía imperial. La fuerza de los sucesos y el abuso que del poder había hecho el partido jerárquico le habían obligado á emprender la senda que habían también seguido los salios, de quienes no se diferenció en los fines que se proponía sino tan solo en los medios que empleaba. Su muerte fué, por lo mismo, agradable á los papistas, los cuales, con una falta de consideración proporcionada al disgusto producido por las decepciones sufridas, se apresuraron á aprovecharse del inesperado favor de la suerte para influir de tal manera en el trono alemán, que no fuese de temer una continuación de la política imperial tan brillantemente renovada. Esto les fué sumamente fácil, pues los esfuerzos de Lotario para asegurar la sucesión á su yerno encontraron entre los príncipes laicos del imperio tanta más resistencia cuanto que la preponderancia de los Welfos, que disponían de Baviera, de Sajonia y de los bienes de la condesa Matilde, prometía dar á su monarquía una posición en extremo temible. El episcopado alemán, dirigido por Bernardo de

Claraval, quería elevar al trono alemán á un príncipe que renovara y cumpliera los deberes que en otro tiempo había contraído Lotario respecto de la Iglesia. Las dos tendencias coincidían en la candidatura de los Staufen, de los cuales el hermano menor, Conrado, se había captado durante la campaña de la Baja Italia generales simpatías y había contraído provechosas alianzas. Lo que el partido de la curia, en otro tiempo, había intentado conseguir aliándose con los defensores de la independencia de los príncipes y con ayuda de Lotario, lo consiguió entonces realmente con auxilio de los mismos Staufen contra los Welfos, designados por Lotario para sucederle. Lo propio que entonces, su conducta fué contraria al derecho y á la costumbre (1).

Vacantes los arzobispados de Maguncia y de Colonia por muerte de Adalberto II y de Bruno, la dirección de la elección recayó en el fanático Adalbero de Tréveris, á cuyo lado se encontraba la autoridad de la curia, representada por el cardenal Dietwein, legado pontificio. Ya la lentitud de la elección, que tuvo por consecuencia un interregno de quince meses, pudo hacer comprender al duque Enrique el Soberbio cuál era el objetivo á que se tendía. Enrique no asistió á la dieta electoral que se celebró en marzo de 1138 en Coblenza, y de la cual permanecieron también alejados sus bávaros y sajones. Únicamente asistieron á ella los suabos y francoes, los cuales, á pesar de no estar allí representada la mitad del imperio y faltando por lo mismo á la costumbre de un modo más lamentable del que en otro tiempo se había faltado á ella por favorecer á Lotario, eligieron rey de Alemania al staufen Conrado. La ambición pudo mucho en el ánimo de Conrado, pues al recibir la corona de tales manos no solo desmintió todo su pasado sino que se apartó por completo de la política de su familia, política á la cual debía esta su engrandecimiento y su importancia en Alemania, y se puso en una situación servil cuyo peso no conoció entonces en su imprevisión, peso que había de quebrantar en alto grado sus fuerzas, á no ser que llegara un día á sacudir su yugo, como lo había sacudido Lotario. La servidumbre que Conrado se impuso le condenó á faltar á deberes incompatibles con el servicio de la Iglesia y le separó de sus verdaderos compañeros de raza, dejándole poco á poco completamente aislado. A pesar de todo, nadie combatió aquella elección, llevada á cabo por una pequeña minoría del imperio, á lo cual contribuyó mucho el temor general que inspiraba la preponderancia de los altaneros Welfos. El clero fué conquistado de otra manera: cierto que Conrado no había renunciado expresamente á los derechos que le concedía el concordato, y que cuando en abril fué elegido para ocupar el arzobispado de Maguncia el sobrino de Adalberto II, último arzobispo de esta sede de la familia de los condes de Saarbrücken, el rey le confirió las regalías en la forma acostumbrada; pero esto significaba menos que el hecho de haberlas conferido al arzobispo Conrado de Salzburgo,—que en un principio se había declarado partidario de los Welfos y que solo después de muchas vacilaciones había reconocido al de Staufen,—á pesar de haberse negado, delante de los príncipes del imperio reunidos en Ratisbona, á prestar el juramento de vasallaje.

Enrique el Soberbio no tuvo más remedio que aceptar los hechos consumados. Así como en un principio se había mantenido alejado de la corte, cuando Conrado se presentó en Baviera y encontró allí obediencia, Enrique se presentó en Ratisbona y se declaró dispuesto á entregar las insignias imperiales, que en su poder se encontraban, y á prestar el ho-

(1) W. Bernhardt: *Conrado III*, Anuarios de la historia alemana, Leipzig, 1883.

menaje, á condición de que el rey le reconociera sus feudos imperiales y sobre todo los dos ducados. Conrado no podía acceder á estas pretensiones desde el momento en que Enrique había representado durante algún tiempo el papel de pretendiente; pero no las rechazó en absoluto. Ignoramos los detalles de las negociaciones que entre ambos mediaron; lo único que sabemos es que durante ellas, el duque hizo entrega de las insignias imperiales. Pronto, sin embargo, comprendió que se le quería arrebatar una gran parte de los feudos conservados por Lotario para concedérselos á Alberto el Oso, que quería apoderarse de Sajonia, siendo además de temer que en la primera ocasión favorable le sería concedido todo el territorio sajón. Esto hacia inevitable un conflicto. Después de algunas infructuosas negociaciones, que se siguieron en Augsburgo,—donde se presentó Enrique preparado para la lucha y lleno de desconfianza, por cuya razón acampó á cierta distancia de la ciudad,—lanzó el rey, en el verano de 1138, en Wurzburg, la orden de proscripción contra el welfo, desposeyéndole de la Sajonia, que fué entregada al marqués Alberto, de la Marca septentrional, aliado de los premonstratenses en su obra de misión y de colonización. Esta fué la señal de la guerra civil en Sajonia, donde la viuda de Lotario, la activa emperatriz Richenza,—estrechamente unida por su origen con el país y con su nobleza,—organizó la resistencia contra el nuevo duque. Este, á pesar de los esfuerzos de su enemiga, consiguió una serie de importantes ventajas. Como la nobleza sajona se mantuvo, casi unánimemente, fiel á los Welfos, Conrado se vió de nuevo enfrente del antagonismo ante el cual se había estrellado la poderosa monarquía sálica: del resultado de esa guerra sajona dependía el porvenir de su propia monarquía. Envalentonado por los triunfos conseguidos en un principio, creyó Conrado, á fines de 1138, que había llegado el momento oportuno de acabar por completo con el poderío de los Welfos, y en una dieta celebrada en Goslar desposeyó á Enrique el Soberbio del ducado de Baviera, á pesar de que la ausencia de la mayor parte de los príncipes sajones daba á comprender claramente que no debía contar con su obediencia por esta parte. Pronto estalló abiertamente el descontento general; repetidas veces invitados por Conrado, presentáronse los príncipes sajones, inútilmente esperados en Goslar, el día de la Purificación (2 de febrero de 1139) en Quedlinburgo, estableciendo, por desconfianza, sus reales fuera de la ciudad. Cuando se supo que Enrique el Soberbio había acudido precipitadamente para encargarse de dirigir la lucha contra el nuevo duque que se quería imponer á Sajonia, Conrado consideró perdida su causa y con una precipitada fuga procuró evitar el peligro que en aquel país le amenazaba. Bajo la impresión de la humillación que este hecho infirió á la monarquía de los Staufen, verificóse en Sajonia una evolución completa. Mientras Conrado concedía la Baviera,—que el welfo tuvo pronto que abandonar,—á su hermanastro el marqués de Bamberg, Leopoldo de Austria, Alberto el Oso era expulsado de Sajonia por los sajones, que se habían agrupado alrededor de su duque. En el verano de 1139 consiguió el rey juntar en Hersfeld un ejército con el cual pensaba reconquistar la Sajonia: Alberto el Oso, el nuevo duque de Baviera, Sobeslao de Bohemia, y el landgrave Luis de Turingia, le prestaron para ello sus auxilios. Enrique el Soberbio tomó entonces la ofensiva ocupando fuertes posiciones en Krenzburg, junto al Wera; al presentarse allí Conrado, parecía inminente una batalla decisiva; pero Conrado no se atrevió á librarla. Además los obispos instaban para que se firmara la paz, temerosos quizás de que una victoria del rey pudiera hacer á este demasiado poderoso y conquistarle la independencia res-

pecto de la Iglesia. Adalbero de Tréveris era quien especialmente aconsejaba que se llegara á un arreglo, pues necesitaba los 500 jinetes que al ejército había llevado para vencer la resistencia que se había levantado en Lorena contra la ocupación de la rica fundación de San Maximino de Tréveris que el rey le había concedido. Por tanto, contra el parecer de Alberto el Oso y de Leopoldo de Austria, firmóse un armisticio que debía durar hasta la Pascua de Pentecostés de 1140 y en virtud del cual la Sajonia quedaba en poder de Enrique, y los mismos nobles sajones que se habían mantenido fieles á Alberto el Oso se apresuraron entonces á impetrar la gracia del vencedor.

La derrota de la monarquía era completa, y el hecho de haber sido derrotada sin lucha demostraba lo que el imperio de Conrado podía esperar de la alianza de la curia. El Welfo procedió, pues, en la casi seguridad de conseguir en Baviera lo mismo que había logrado en Sajonia; en cuyo



Bracteate (1) de Conrado III

Inscripción: CUNRATUS + LAMPERTUS (nombre del intendente de la moneda, ó bien de un abad de Helmstad). Junto á la cabeza se ven las letras de la palabra REX. Busto del emperador sin barba, coronado y armado; sosteniendo en la mano derecha una espada y en la izquierda una bandera, colocado sobre una balaustrada y entre dos pequeñas torres.

caso, una vez transcurrido el armisticio convenido respecto de Sajonia, podría formular con mayor energía sus exigencias. Quizás tenía la secreta esperanza de que después de un comienzo tan desgraciado, la monarquía Staufen caminaría rápidamente hasta obtener el objeto de su ambición. Puesto en una situación igual á la en que se había visto en otro tiempo Oton de Nordheim, pensaba poderse aventurar mas que este y también conseguir mayor resultado. La muerte se interpuso, sin embargo, en su camino, salvando á la monarquía de Conrado de una crisis de la que difícilmente hubiera podido salir bien: Enrique el Soberbio falleció en 20 de octubre de 1139 en Quedlinburgo, después de una corta enfermedad, y fué enterrado en Lutter, al lado del cadáver de su suegro. Esta repentina muerte no tuvo las consecuencias que se esperaban, pues la nobleza sajona se puso al lado de Richenza y de Gertrudis, joven viuda del duque, para defender los derechos del hijo de este, Enrique el Leon, que contaba nueve años, y Alberto el Oso, que llegó á Sajonia para tomar posesión del ducado, vióse muy pronto obligado á emprender precipitada fuga. Tampoco el marqués Leopoldo pudo establecerse en Baviera, donde Welfo VI, hermano del difunto, empuñó las armas en favor de su sobrino. El rey Conrado tuvo, por consiguiente, que atender ante todo á asegurar su quebrantada situación en el Sur. Ayudado por sus suabos, al frente de los cuales figuraba su hermano el duque Federico, y por los obispos del Rhin, comenzó la campaña á fines de otoño de 1140, dirigiendo

(1) Moneda de plata muy delgada cuyo relieve en el anverso es vacío en el reverso.

su primer ataque contra la fortaleza de Weinsberg, que había sido fortificada por Welfo VI y que á fines de diciembre parecía próxima á rendirse Welfo VI acudió á su socorro, pero Conrado le salió al encuentro, despues de haber incendiado su campamento, y consiguió sobre él, en 21 de diciembre, una brillante victoria. El ejército de Welfo VI quedó aniquilado, y él mismo á duras penas pudo librarse de caer prisionero. Weinsberg abrió sus puertas; la conocida narracion de las mujeres de Weinsberg y de la manera con que lograron salvar á sus maridos de la muerte que les amenazaba carece de fundamento histórico y pertenece por completo á la esfera de la leyenda. Casi lo mismo se ha referido respecto mas de treinta fortalezas y ciudades sitiadas, y en las narraciones de los siglos XII y XIII se ve claramente que para aumentar el efecto de una descripcion, contraria á la realidad y hecha solo para excitar la imaginacion de los lectores, se han ido añadiendo á ella cada vez nuevos detalles. La leyenda no ha sido escrita en forma literaria hasta fines del siglo XV. También es una invencion de los tiempos posteriores la version de que en la lucha de Bamberg resonaran por vez primera los gritos, que despues tuvieron tan funesta importancia, de: «¡Aquí Welfos! ¡Aquí Gibelinos!»

La victoria de Weinsberg salvó la corona de Conrado, pero no tuvo para los vencidos las desastrosas consecuencias que los partidarios de los Staufen hubieran deseado. Los recursos del enemigo no habian quedado agotados con la derrota, y probablemente ya estaba entonces aliado Welfo VI con el rey Roger de Sicilia. Convenia al normando, para tener completa libertad de accion en Italia, detener á Conrado en Alemania y evitar la expedicion que con tanta insistencia pedia la curia. Conrado había ya enviado á Italia á su ministerial Ulrico de Attem para que, en su nombre, tomara posesion de la herencia de Matilde. La sublevacion sajona no se había extinguido todavía y el alto partido eclesiástico, que necesitaba un rey débil y consagrado á su auxilio, no queria que Conrado se aprovechara incondicionalmente de su victoria. Por esto Adalberto II de Maguncia se alió con los sajones y los apoyó con su autoridad contra el rey, inutilizando así los esfuerzos que en pro de la paz se hacian y fomentando en el imperio aquel funesto estado de lucha. La muerte de las personas en las cuales se encarnaban los antagonismos existentes allanó el camino para un arreglo. En junio de 1145 falleció la enérgica Richenza, con lo cual perdió su alma la rebelion sajona; en julio murió Adalberto II, arzobispo de Maguncia, tan oportunamente para Conrado III que pudo decirse por alguno que había muerto envenenado. El sucesor de Adalberto, Marculfo, hombre sin ambicion política, procuró llegar á una inteligencia, y la muerte de Leopoldo de Austria, acaecida en octubre de 1141, fué tambien favorable á estos esfuerzos, pues dejó á Conrado III completa libertad de accion para disponer, en caso necesario, de la Baviera como objeto de compensacion. Si concedia este ducado á Welfo VI, obtendria su alianza contra Enrique el Leon, pero no conseguiria con ello ventaja alguna para la lucha que tenia por objeto imponer la soberanía de Alberto el Oso á los sajones. El completo restablecimiento del poderío de los Welfos en el Sur y en el Norte estaba fuera de toda duda. Conrado se decidió, pues, á conceder á los Welfos la Sajonia, donde eran menos peligrosos para la monarquía, reservándose el disponer en lo porvenir de la Baviera, de suerte que Alberto el Oso se vió abandonado en sus pretensiones. En la primavera de 1142 firmóse en Francfort la paz con los sajones: el joven Welfo recibió la Sajonia y su madre Gertrudis, viuda de Enrique el Soberbio, se casó con el hermanastro de Conrado, Enrique, hasta entonces conde palatino del Rhin, que sucedió á Leopoldo en

la marca de Austria y en el ducado de Baviera. Las bodas, que el mismo rey organizó en Francfort, fueron una ceremonia de paz y reconciliacion general que solo vió con disgusto Alberto el Oso, cuyas esperanzas habian quedado por completo defraudadas.

La paz interior favoreció las buenas relaciones del imperio con el extranjero. Entonces pudo Conrado intervenir en los asuntos de Bohemia, donde el sucesor de Sobieslao, el duque Uladislao, habíase visto desposeido de la soberanía y obligado á refugiarse en la corte alemana, á consecuencia de una rebelion de magnates dirigidos por Conrado de Znam. Mientras los sublevados sitiaban á Praga acudió el rey procedente de Pilsen y de Nuremberg: Conrado de Znam abandonó entonces la lucha, entrando los alemanes en Praga y siendo repuesto en el ducado Uladislao, que reconoció la soberanía alemana. En Sajonia y en las comarcas fronterizas comenzaban á sentirse los benéficos efectos de la paz. Adolfo II de Schauenburg, el conde de Holstein, el duque Enrique y Alberto el Oso cooperaron con celo á la propagacion del cristianismo y de la civilizacion alemana: como representantes de uno y otra establecieron colonos alemanes en los países situados allende el Elba, mientras la actividad de los misioneros dirigidos por el digno Vicelin fué secundada con fortuna por los premonstratenses que habian sido llevados á aquellos territorios por Norberto. En cambio, no se presentaba tan favorable el estado de cosas en el Sur y en el Oeste, donde se había levantado Welfo VI, tio del joven rey de Sajonia, que en vista de la renuncia de la Baviera hecha por su sobrino, se había creído con derechos á este ducado y había encontrado enérgica y afortunada resistencia por parte del rey y del duque Enrique. En este país estalló una encarnizada lucha entre el ambicioso Adalberto II de Tréveris y el conde Enrique de Namur. En el Norte, surgieron tambien nuevas dificultades. En marzo de 1144, el conde Rodulfo de Stade pereció en una lucha contra los labradores de Dinamarca, que se habian sublevado á consecuencia de sus tiranías, y su rico patrimonio pasó á manos de su joven hermano Hartwich, que había abrazado la carrera eclesiástica y era á la sazón preboste del cabildo de Bremen. Hartwich, hombre de inquieta ambicion, creyó que allanaria el camino para llegar á ser obispo haciendo donacion de los bienes heredados de su familia á la iglesia de Bremen y posesionándose de los condados que su difunto hermano había tenido en feudo. El duque de Sajonia, sin embargo, formuló sus pretensiones sobre ellos fundándose en que el arzobispo Adalberto se los había prometido para cuando falleciera el conde Rodulfo. La cuestion fué llevada ante el rey, quien la resolvió en favor del preboste. Enrique el Leon, despues de haber intentado en vano que el arzobispo revocara el convenio firmado con Hartwich, apeló á la violencia apoderándose páfidamente de ambos en una dieta convocada para discutir el asunto, y no dándoles libertad hasta que se hubieron sometido á su voluntad. El rey tuvo que dejar impune este delito. La persistente impotencia de Conrado reconocia por causa, mas que las cosas de Alemania, los asuntos generales, exteriores é interiores, mas que la universal situacion política, la influencia especial del movimiento religioso cada vez mas influyente y dominante en el Estado y en la monarquía alemana. Esto hizo que Conrado, en vez de separarse como se había separado Lotario del origen jerárquico de su monarquía, se manifestara cada dia mas adicto á la curia y le otorgara cada vez mayores concesiones. Apenas se conocia en él al hombre que en otro tiempo se había presentado como adalid de los derechos nacionales y de las tradiciones sálicas enfrente de Lotario y que, llevando sobre sí durante muchos años la excomunion, había combatido en

Italia al pontificado y á sus aliados. La situacion de la Iglesia en Italia había sufrido algunos cambios desfavorables á Conrado: los brillantes hechos de armas de Lotario no habian producido ningun resultado permanente: la Pulla había sido reconquistada por Roger, y no tenia ya objeto alguno la lucha entre el emperador y el papa por la soberanía feudal de aquel territorio. En cambio, la muerte de Anacleto II, en enero de 1138, había puesto fin al cisma; y los romanos, atraídos á la causa de Inocencio II por el celo de Bernardo de Claraval, desistieron de nombrar otro antipapa. Cuando el pontífice, á pesar del escarmiento sufrido por Leon IX, entró en campaña, en el verano de 1139, para hacer retroceder á Roger, que ya había ocupado una parte de la Campania, fué por este encerrado en San Germano y se encontró por completo en poder del afortunado normando. Los vencedores aventureros volvieron á doblar sus rodillas ante el papa, aparentando un devoto arrepentimiento, venerándole como á su pastor supremo y pidiendo les levantara la excomunion, mientras por otra parte le obligaban á firmar la paz que á ellos les convenia. En Mignano, Inocencio II se vió obligado á ceder al vencedor la Campania hasta el alto Garrellano y á ratificar las concesiones por medio de las cuales Anacleto en otro tiempo había atraído á su causa á Roger. Pero como el heresiarca Anacleto II no había existido para la Iglesia, y como, por tanto, no podian ser reconocidas las obligaciones por él contraídas, apelóse á una superchería en cuya virtud se planteó la cuestion como si todas las concesiones hubiesen sido hechas á Roger por Honorio II en forma legal y obligatoria para la Iglesia. La curia romana, cuando se trataba de conseguir alguna ventaja, no ponía reparo alguno en faltar á la verdad, aunque fuese á la verdad histórica, y á la sazón reparó en esto tanto menos cuanto que así se vió libre de la para ella molesta coposesion del imperio en la Pulla. El rey Roger prestó homenaje á Inocencio II por el reino de Sicilia, por el ducado de la Pulla y por el principado de Capua; de modo que con la paz de Mignano realizó la política pontificia una evolucion que amenazaba traer como consecuencia un rompimiento completo con Conrado III, pues era imposible que la curia fuese á un mismo tiempo aliada de los alemanes y de los mortales enemigos de la soberanía alemana en Italia. Pero el carácter del rey Conrado no era á propósito para sacar consecuencias de este género; continuó sirviendo al pontificado, y en la alianza normanda impuesta al papa no vió mas que un motivo para acudir cuanto antes al Sur con el objeto de salvar al pontífice. A este fin, se comenzó una gran accion diplomática y se negoció una alianza ofensiva y defensiva con el emperador bizantino Manuel Comneno, alianza que fué sellada por el casamiento de este con la cuñada de Conrado, Berta de Sulzbach (1145). Esto no obstante, cada vez se oponian nuevos obstáculos á la expedicion italiana, que obligaban á Conrado á responder con evasivas á las exhortaciones de Bernardo de Claraval y de los demás corifeos del alto partido eclesiástico. A pesar de los triunfos conseguidos, la situacion del monarca seguía siendo insegura y no le permitia alejarse del imperio.

Todo aquel período adoleció de la contradiccion que se notó en la Iglesia, que era la que lo dominaba. Durante las dos décadas transcurridas desde que terminó la lucha de las investiduras, la Iglesia, favorecida por la necesidad general de tranquilidad y por el celo con que, despues de tan largo intervalo, se sometia todo el mundo á su influencia, había alcanzado extraordinario poder sobre los ánimos de los hombres y por tanto considerable influjo en sus relaciones exteriores. Así lo demuestra la importancia que adquirieron las órdenes de los premonstratenses y de los cistercienses, y

el papel que desempeñaron un Norberto, un Anselmo de Havelberg, un Oton de Bamberg y un Vicelin, hombres que por esta razon se movieron en una esfera mucho mas extensa que aquella á que su actividad debía limitarse. El principal representante y el mas poderoso adalid de estas elevadas tendencias eclesiásticas fué siempre Bernardo de Claraval. No había en el mundo nada demasiado grande ni nada demasiado pequeño que él no aprovechara para promover los intereses de la Iglesia y el desenvolvimiento de las tendencias que constituian sus principales deseos. En ningun tiempo el lenguaje bíblico había tenido el poder de que gozaba entonces. Aun cuando pueda combatirse la justicia de los designios del abad de Claraval, es innegable que, poseído de una actividad incansable y de una febril laboriosidad procuró en todas partes imponer á los hombres y á las cosas aquellos puntos de vista eclesiásticos que, segun él, eran los únicos justos y los mas indispensables para la salvacion del individuo y el bienestar de la humanidad. Queriendo, pues, sin reconocer otro derecho, poner el Estado, la sociedad, las ciencias y la política al servicio de la Iglesia, desde la idea de emanciparla de todo interés y consideracion terrenales, que era su objetivo, pasó en realidad á la pretension de hacer eclesiástico todo lo humano y de convertir la vida humana, con su infinita variedad, en un gran convento. El obispo Oton de Freising, —hijo de Leopoldo de Austria y nieto por su madre Inés de Enrique IV, que había recibido entre los cistercienses de Morimond el impulso á que obedeció toda su vida,— despues de observar el desarrollo hasta entonces seguido por la humanidad, llegó á deducir la triste consecuencia de que el imperio y la Iglesia merecian sucumbir: el Estado, en castigo de la injusticia cometida, debía ser sometido á la Iglesia, contra la cual se había atrevido á luchar; al paso que la autocracia que entonces ejercia la Iglesia, con sus múltiples miserias temporales, no era mas que el último escalon que conducia al Estado de Dios y al establecimiento del reinado de mil años de Jesucristo sobre la tierra. Así el que quisiera estar convenientemente preparado para este grande acontecimiento debía abrazar la vida monástica. Así se explica que la Iglesia, á pesar de los apuros por que pasaba en Italia, á pesar de su situacion crítica en Roma y del peligro que para ella constituian las tendencias de las sectas y la oposicion civilizada, ejerciera sobre los ánimos de los hombres un imperio casi absoluto. El mundo no podia ser durante mucho tiempo gobernado con estas frases altisonantes, por mas que todavía pesaran tanto en el ánimo de los que las escuchaban: si la Iglesia queria gobernar el mundo, como lo pretendia, debía demostrar su aptitud para cumplir los deberes que la dominacion del mundo llevaba consigo. De todas las cuestiones terrenales comunes á la cristiandad, ninguna se imponia tanto como la relativa al porvenir de los Santos Lugares. La dominacion cristiana en Palestina estaba seriamente amenazada, á juzgar por los sucesos que referian las noticias del lejano Oriente, y la Iglesia, que consideraba aquella como obra suya, debía esforzarse por conservarla. Era preciso justificar por medio de hechos la mision de ejercer un poder temporal; por eso San Bernardo concibió la idea de una nueva cruzada y con extraordinaria energía dedicó todas sus fuerzas á arrancar á los recalitrantes un nuevo armamento de la cristiandad contra el Islam. En ninguna parte los sucesos se mostraban tan desfavorables á esta empresa como en Alemania, pues si bien Conrado, con el apoyo del duque Uladislao de Polonia, casado con su hermanastra Inés, había conseguido restablecer, contra la resistencia de su hermano, la soberanía alemana en aquel Estado eslavo, tan desgarrado por luchas intestinas, esto mismo había sido causa de nuevas y mas trascen-